

Reseña/Review (Papadopoulos, Dimitris, “Experimental practice: technoscience, alterontologies, and more-than-social movements”, Durham, Duke University Press, ISBN: 9781478000655—, 344 págs., 2018).



¿Cómo explicar que, diez años después de la ola de movimientos sociales que comenzó en 2008, ninguna de las aspiraciones de justicia social de estos movimientos parece haber sido cumplida? ¿Cómo pensar el potencial transformador de los movimientos sociales, cuando sus demandas son absorbidas con rapidez e incor-

poradas al sistema capitalista? Uno de los puntos de partida de *Experimental Practice: Technoscience, Alterontologies and More-Than-Social Movements* (Papadopoulos, 2018) es esta inquietud ante la incapacidad de los movimientos sociales para generar un cambio social. Ante esto, el libro propone mirarlos de una forma distinta. Esta nueva manera de observar implica mutarlos y considerarlos como movimientos *más-que-sociales* (*more-than-social movements*). Movimientos, como se dirá y desarrollará en el libro, *de la materia* y lo social, cuya capacidad para generar espacios de autonomía política reside en la experimentación con su entorno material para generar nuevos espacios de existencia.

La idea de autonomía es una cuestión central que recorre todo el libro. Esta se refiere al potencial transformativo de los movimientos sociales más allá de su capacidad para oponer resistencia a los regímenes establecidos. Tiene lugar cuando estos *fuerzan* el cambio gracias a su capacidad para permanecer fuera del radar del poder y generar nuevos mundos. Se da en su capacidad para *experimentar con la materialidad de la vida* para construir nuevas formas de ser o, en las palabras de Papadopoulos, “alterontologías” (*alterontologies*). Con este planteamiento, el libro da continuidad a los trabajos anteriores del autor *Analyzing Everyday Experience* (2006, junto con Stephenson), centrado en la subjetividad individual y la idea de “experiencia”, y *Escape Routes* (2008, junto con Stephenson y Tsianos), en el que se desarrolla este argumento en relación con los movimientos sociales. *Experimental Practice* cierra la trilogía llevando la pregunta por la autonomía al nivel de lo material.

Esta primera intuición con la que comienza el libro nos lleva a su segundo punto de partida: para Papadopoulos, el alcance limitado de los movimientos sociales en los últimos tiempos se relaciona directamente con los desplazamientos que han introducido el posthumanismo y la cultura tecnocientífica, enten-

diendo esta última como el pliegue continuo entre ciencia, tecnología y la vida cotidiana (p. 1). Partiendo de la tecnociencia, el libro escarba en una serie de manifestaciones post-humanistas, entrelazamientos entre grupos humanos, el mundo material y la ecología que los rodea, que han estado presentes en la historia de las transformaciones sociales. La involuación posthumana con la tecnociencia, *desde dentro*, es una de las características de los movimientos más-que-sociales.

El posthumanismo implica, de entrada, la búsqueda de un descentramiento de la figura de lo humano y, por consiguiente, ampliar la mirada para considerar toda una multiplicidad de agentes no humanos, vivos y no vivos, en su papel de creadores del mundo. El libro de Papadopoulos se nutre de aportaciones de los estudios de la ciencia y la tecnología, y más en concreto, se inscribe en los llamados “nuevos materialismos”, un reciente giro más amplio en las ciencias sociales y las humanidades que presta una mayor atención a lo material. Marcando las distancias con el postestructuralismo, más centrado en lo discursivo, los nuevos materialismos se preocupan por la producción social, más que por la construcción social (Deleuze y Guattari, 1984, p. 4; citado en Fox y Alldred, 2018, p. 1). Desde este punto de vista la materia está lejos de ser algo inerte y pasivo y representa más bien una fuerza activa y con vitalidad propia, capaz de moldear (sin entender de fronteras) los reinos de lo físico, lo biológico, lo psicológico o lo social. La consecuencia de este proyecto teórico es un cuestionamiento de los grandes universalismos y dualismos en los que se sostiene el proyecto epistémico de la modernidad, como naturaleza/cultura, humano/no humano, vivo/inerte o mente/materia.

En este contexto teórico, *Experimental Practice* se rodea de compañeras de viaje tan creativas y fructíferas como Deleuze o Haraway. El primero influye en el punto de vista materialista del libro, así como en otros aspectos, siendo determinantes los textos surgidos a través de su colaboración con Guattari en *Mil Mesetas* (1987). La segunda está presente como punto de partida en el análisis de la cultura tecnocientífica, pero también, y de forma más importante, resulta una influencia fundamental en el estilo y el método del libro. Al igual que las *figuraciones feministas*, que para Haraway tienen que ver con crear teoría que sea capaz de reconstruir el escenario para hacer aflorar nuevos pasados y futuros (Haraway,

2004, p. 47, traducción propia), Papadopoulos propone inyectar pensamiento especulativo a la investigación para convertirla en *ciencia ficción social*. A través de la construcción de nuevas fabulaciones, se busca experimentar con “tropos alternativos de enunciación” que pongan en marcha mundos diferentes. La *ciencia ficción social* pretende cambiar las condiciones de nuestra experiencia para hacer posibles futuros alternativos (p. 45). Y con esta voluntad, *Experimental Practice* es un libro rico en términos de invención propia que constituyen un sistema cercano a un metalenguaje. El autor propone un vocabulario para ser capaz de hacernos ver nuevos (otros) mundos que “ya están ahí”.

El libro comienza con una introducción teórica y una primera parte en la que se sitúa la importancia de lo material para su planteamiento (Cap. 1), así como las razones por las cuales en la actualidad la autonomía de los movimientos más-que-sociales tiene que buscarse en la experimentación con la realidad material (Cap. 2). Esta cualidad se rastrea y expande en la segunda parte del libro a través de una revisión especulativa de la historia que, por un lado, traza las relaciones siempre presentes entre materialismo y activismo (Cap. 4), y por otro, aflora el carácter posthumanista de los movimientos sociales en el pasado (Cap. 5). Desde los cimarrones en el Caribe del siglo XVII, las primeras luchas por los comunes en Inglaterra, a los movimientos sociales de los 60 y 70 y las olas posteriores a los 90, se revisan así las relaciones entre materialidad, cuerpo y entorno/ecología presentes en estos ejemplos de transformación social. Después de estos desarrollos teóricos, la tercera parte del libro ahonda en el vínculo entre tecnociencia y movimientos más-que-sociales. Primero, con una reflexión sobre el campo de la neurociencia (Cap. 6); más tarde, con el análisis de casos empíricos que revisan en detalle las características de estos movimientos, incluyendo los relacionados con la migración (Cap. 3, este en la primera parte del libro), el activismo gay del VIH de los 80 y 90 (Cap. 7) y el fenómeno *maker* en Inglaterra, en la segunda década del siglo XXI (Cap. 8).

Como se ha dicho más arriba, el libro parte de un diagnóstico: en las sociedades occidentales del Norte Global las formas de acción social han quedado obsoletas en su capacidad transformadora. Y para entender el porqué resulta imprescindible comprender el giro neoliberal que tiene lugar en los años 70, la aparición de la deuda y de los mecanismos financieros como modo de gestionar las sucesivas crisis y los desequilibrios del capitalismo. Con la introducción de las finanzas, una tecnología de la temporalidad para discernir el valor de las cosas en el futuro y organizar el mundo en función de ello, no sólo se regula la economía, sino la vida en sí misma: la financiarización de todos los aspectos que constituyen nuestra existencia queda regulada e inscrita en la aparición de una nueva cultura, la “cultura de la valorización” (*culture of valuation*). Con ella, la producción de valor dentro del sistema económico

se expande a todos los ámbitos de nuestra vida a través de la “biofinanciarización” (*biofinancialization*). Si la producción de valor en nuestros sistemas económicos ya no se sitúa *únicamente* en nuestro lugar de trabajo, pensar la autonomía como en los 70, nos dice Papadopoulos, ya no es posible. No existe un “afuera” de la biofinanciarización puesto que ésta permea nuestra misma vida y constituye, por tanto, cómo se da el conflicto y las luchas sociales que tienen lugar en su interior.

En el contexto de la cultura tecnocientífica, la biofinanciarización alcanza también lo material. El momento político actual está dominado por el imaginario de lo que Papadopoulos llama la “matriz universalizadora de la terraformación” (*universalizing matrix of terraformation*, p. 28). Inspirada en la ciencia ficción, esta idea refiere a la creencia de que la humanidad es capaz tanto de destruir de la Tierra (geocidio), como de solventar su situación y construir las condiciones necesarias para el mantenimiento de la vida (a través del uso de la geoingeniería). La reorganización actual del capitalismo ante la urgencia del colapso ecológico es una muestra de ello. De modo que lo material es visto como un nueva nueva frontera de expansión para solucionar los problemas del planeta. Se busca incluirla en los sistemas de representación política, “darle voz” y hacerse con su control. Pero incluirla, sin embargo, implica también que esta entre en relaciones de producción de valor a través de su conversión en activos financieros.

¿Cómo pensar entonces la autonomía de los movimientos más-que-sociales hoy en día, si la biofinanciarización se encuentra molecularizada en vida, materia y código (p. 43)? La apuesta de *Experimental Practice* es que los movimientos más-que-sociales son autónomos en la medida en que experimentan con la materialidad de su entorno para crear nuevas configuraciones de existencia. O en otras palabras, en la medida en la que estos crean nuevas ontologías. El concepto de ontología, para el autor, tiene que ver con la capacidad de ciertos agentes (como grupos de humanos, miembros de especies animales, procesos, objetos, o cierta cooperación entre todos estos) para cambiar la configuración material de su espacio de existencia (p. 243, traducción propia). Una idea central en el libro es, por tanto, que toda política hoy en día es ontológica. Hablar de ontología es hablar de política, puesto que una ontología siempre comprende una serie de actores que actúan sobre una realidad, la transforman y la performan de una determinada manera.

El libro, sin embargo, no se interesa por explorar los límites de este planteamiento quién o qué queda o no queda incluida en ella, sino que la toma como punto de partida para proponer lo que llama una “política decolonial de lo material” (*decolonial politics of matter*). Con este término, se refiere a cómo los movimientos más-que-sociales trabajan a partir de la existencia material para crear ontologías alternativas y, con esto, consiguen impugnar la misma idea de inclusión en la que se basa el proyecto epistémico de la

colonialidad (p. 17). La consecuencia de la creación de *alterontologías*, como las denomina el autor, es la instauración de relaciones de *justicia material* inmediata.

Al contrario que otras formas de organización política que ven la justicia como algo por venir, los movimientos más-que-sociales crean las condiciones para la justicia a través de prácticas concretas que cambian la constitución de nuestra existencia material. Experimentación e implicación con la materialidad del mundo y reclamo posterior de su materialidad: así se instaura la justicia material, un tipo de justicia que preexiste a su inclusión en los sistemas de representación política; “justifica generativa”, *desde abajo* (ver, en este sentido, Eglash, 2016).

En cualquier caso, este proceso no tiene lugar desde un “afuera” a la cultura tecnocientífica, sino dentro de esta y de las condiciones que impone el régimen de biofinanciarización. Y aquí se marca también una posición al respecto de los *commons*, o comunes. Estos no se dan nunca en oposición a la biofinanciarización, sino que tienen lugar el uno dentro del otro: la extracción de valor en la tecnociencia sólo es posible en tanto que ésta se alimenta de los comunes (ya sean procesos inmateriales como la cooperación, o bien recursos naturales, o código abierto); de la misma forma, para el autor, las prácticas y los procesos que dan lugar a nuevos comunes, también a nuevas ontologías, sólo son posibles desde dentro de estas mismas prácticas tecnocientíficas.

Así, las ontologías se encuentran siempre superpuestas las unas con las otras. A esta condición ontológica se le llama en el libro *stacking*, que podríamos traducir por superposición, o bien apilamiento. Las ontologías, y también la historia, se encuentran apiladas en su materialidad de una determinada manera y no otra, de modo que pueden ser modificadas de ciertas formas, y no de otras (p. 243, traducción pro-

pia), aunque sin poder prever la evolución de estas en el futuro. Esta es la paradoja de las historias superpuestas: permanecen como fuerzas activas después de haber desaparecido, pero son sin embargo incapaces de determinar el contenido de las ontologías que vendrán después (p. 163, traducción propia).

Esta es también la propuesta política del libro y su contribución a un proyecto decolonial más amplio. Con la referencia al monismo materialista de Deleuze y Guattari (1987), la idea de las ontologías apiladas es también una salida al dualismo que plantea la pregunta sobre si el mundo está compuesto de una o de varias ontologías. Del colonialismo epistémico que caracterizan las grandes narrativas universalizantes de la modernidad, se pasa a un compromiso con la construcción de *un mundo de varios mundos*; pasando de un uni-verso, a un pluri-verso.

En *Experimental Practice*, Papadopoulos invita a abrazar el gozo de la experimentación con la realidad material, a establecer conexiones junto con otras entidades humanas y no humanas y embarcarnos en movimientos que den lugar a nuevas formas de vida más vivibles. La apuesta del libro, en definitiva, es que crear espacios de autonomía política y auto-organización no es una cuestión únicamente social. Al contrario, es un asunto “práctico y ontológico” que nos lleva tan lejos como a cambiar la materialidad de los espacios y los cuerpos que vivimos (p. 3). En este sentido, el libro supone una defensa del potencial de lo cotidiano imperceptible, de la traición diaria a la idea de Revolución (con R mayúscula). *Experimental Practice* nos propone la experimentación con la materialidad de nuestras vidas, la apertura a alianzas inesperadas en la construcción de nuevos mundos.

Referencias

- Deleuze G. and Guattari F. (1984). *Anti-Oedipus. Capitalism and schizophrenia*. London: Athlone
- Deleuze, G., and Guattari, F. (1987). *A thousand plateaus: Capitalism and schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Eglash, R. (2016). An Introduction to Generative Justice. *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales* 13(2), 369-404. https://doi.org/10.5209/rev_TEKN.2016.v13.n2.52847
- Fox, N.J. and Alldred, P. (2018) New materialism. En: Atkinson, P.A., Delamont, S., Hardy, M.A. and Williams, M. (eds.) *The SAGE Encyclopedia of Research Methods*. London: Sage.
- Haraway, D. (2004). Ecce Homo, Ain't (Ar'n't) I a Woman, and Inappropriate/d Others: The Human in a Post-humanist Landscape. En *The Donna Haraway Reader*. New York and London: Routledge.
- Papadopoulos, D., Stephenson, N., & Tsianos, V. (2008). *Escape Routes: Control and Subversion in the Twenty-First Century*.
- Stephenson, N., & Papadopoulos, D. (2006). *Analysing everyday experience: Social research and political change*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.